

ENTRE LA CURIOSIDAD POPULAR Y LA CIENCIA ACADÉMICA: EL “HOMBRE FÓSIL” DE FONTAINEBLEAU (1823-1824)

FRANCISCO PELAYO
Instituto de Historia (CSIC)

Resumen

Georges Cuvier afirmó en su *Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes* (1812) que no existía el hombre fósil. Hasta ese momento se había discutido durante mucho tiempo sobre la existencia de las petrificaciones humanas. Pero el paleontólogo y anatomista francés demostró que tanto el *Homo diluvii testis* como otros ejemplares no eran restos óseos humanos fosilizados. Sin embargo, en la década de los años veinte, descubrimientos realizados en cavernas cuestionaron las tesis de Cuvier. En 1823 una noticia se añadió a esta polémica paleontológica: un hallazgo en el bosque de Fontainebleau que parecía ser un caballo y su jinete petrificados. Pronto hubo una gran afluencia de curiosos para observar el fenómeno, entre ellos pintores y científicos. El ejemplar fue llevado para su exhibición a París, en el *Boulevard des Capucines*, con gran éxito de público. El propio Cuvier, junto con químicos, geólogos y naturalistas, participó en la controversia científica, que incluyó el análisis de muestras del objeto realizado por la Academia de Ciencias de París.

Abstract

Georges Cuvier stated in his *Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes* (1812) that there was no fossil man. Until then, the existence of human petrified had been discussed for a long time. But the French paleontologist and anatomist proved that *Homo diluvii testis* and other specimens were not fossilized human bone remains. However, in the 1820s, discoveries made in caves questioned Cuvier's thesis. In 1823 a piece of news was added to this paleontological debate: a find in the forest of Fontainebleau that appeared to be a petrified horse and its rider. Soon there was a large flow of curious visitors, including painters and scientists, to observe the phenomenon. The specimen was taken for exhibition in Paris, on the *Boulevard des Capucines*, with great public success. Cuvier himself, together with chemists,

geologists and naturalists, participated in the scientific controversy, which included the scientific analysis of samples of the object made by the Paris Academy of Sciences.

Palabras clave: Hombre fósil, Paleontología humana, siglo XIX, Jean-Pierre Barruel, Jean-Jacques Nicolas Huot.

Keywords: Fossil Man, Human Palaeontology, 19th Century, Jean-Pierre Barruel, Jean-Jacques Nicolas Huot.

Recibido el 28 de febrero de 2019— Aceptado el 27 de marzo de 2019

1. INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XVI, eruditos, académicos, coleccionistas e intelectuales europeos aceptaron la posibilidad de que existieran petrificaciones humanas. Esta denominación incluía un conjunto heterogéneo de ejemplares que se encontraban en la naturaleza, entre los que se incluían cuerpos humanos mineralizados hallados en excavaciones o descubiertos en cuevas, tumbas y minas, cadáveres conservados incorruptos o momificados y piedras que se asemejaban a cuerpos humanos o a sus extremidades [PELAYO, 2015]. Pero en el *Discours* preliminar de su obra *Recherches sur les ossemens fossiles de Quadrupèdes* (1812) Georges Cuvier, el más importante paleontólogo de vertebrados y máximo experto en anatomía comparada de su época, afirmó que nunca se habían encontrado restos fósiles humanos: “*Il n’y a point d’os humains fossiles*”. Para Georges Cuvier no eran fósiles humanos sino de animales los huesos hallados en la isla de Cèrigo [Citera] citados por el naturalista Lazzaro Spallanzani, ni los del *Homo diluvii testis* de Johann Jakob Scheuchzer, los cuales habían sido considerados, entre otros especímenes, como petrificaciones humanas (CUVIER, 1812, p. 82-83; PELAYO, 2015).

Según Cuvier se podrían encontrar huesos humanos excavando en cementerios, turberas, terrenos de aluvión..., pero no en yacimientos donde se extraían las antiguas razas de animales fósiles. Fósiles sólo se encontraban en excavaciones donde se hallaba fauna extinguida y los verdaderos huesos humanos solo se encontraban en terrenos removidos por las aguas o que eran recientes, modernos, o eran de cadáveres caídos en simas, sepultados en galerías de minas, o recubiertos de incrustaciones. Lo mismo podía decirse de los instrumentos de fabricación humana, como los objetos de hierro encontrados en Montmartre, que eran herramientas de los obreros que empleaban para romper las piedras [CUVIER, 1812, p. 83-84]

Sin embargo, las tesis de Cuvier sobre la no existencia del hombre fósil comenzaron a cuestionarse a comienzos de la década de los años veinte, con los descubrimientos en cavernas de huesos humanos mezclados con fauna extinguida y restos de industria artificial. En este contexto, en otoño de 1823, un rumor comenzaría a extenderse por París en medio de la polémica científica: el hallazgo en el bosque de

Fontainebleau, situado a una decena de kilómetros de la capital, de lo que parecía ser un caballo y su jinete petrificados. Este ejemplar de supuesto “hombre fósil” alentó la imaginación popular y atrajo una gran afluencia de curiosos. Al lugar del hallazgo fueron artistas y científicos que se desplazaron para observar el fenómeno pétreo, el cual sería llevado para su exhibición a París, con gran éxito de visitantes. Mientras tanto en el mundo académico el propio Cuvier, junto con químicos, geólogos y naturalistas, participó en la controversia, que contempló el análisis de muestras en la Academia de Ciencias de París (LIORET, 1910; FROMENT, 1982).

2. ¡UN JINETE Y SU CABALLO PETRIFICADOS HALLADOS EN FONTAINEBLEAU!

La restauración de la monarquía borbónica en Francia, en 1815, tras la derrota de Napoleón, trajo consigo una política conservadora que se intensificó con la mayoría ultra en la cámara baja en 1823. Como describieron en su momento Charles Lyell y Alexander von Humboldt, el despotismo ministerial, el mayor poder de la Iglesia católica, la restricción de la libertad de prensa y el endurecimiento de la censura, afectaron al ambiente culto de la capital y a la actividad de la Academia de Ciencias de París, viéndose los científicos, incluso el propio Cuvier, obligados a ganarse el favor del rey [LYELL, 1881, p. 132-159; TERRA, 1955, p. 266-267; WULF, 2016, p. 230-231].

En este contexto histórico, durante el otoño de 1823, comenzó a circular por París el rumor de que se había encontrado en el bosque de Fontainebleau un hombre en estado fósil. Sería en octubre de dicho año cuando los hijos del coronel Le François, casualmente un pariente de Cuvier, jugando en el bosque de Fontainebleau, creyeron ver lo que parecía “*Un cheval pétrifié, ayant à côté de lui son cavalier couché, également pétrifié et armé d’un casque de fer*” [LIORET, 1910, p. 179-180]. Lo habían encontrado en el sureste de Fontainebleau, cerca de Moret, en el macizo de Long Rocher, el cual estaba formado por grandes rocas de arenisca, arenas consolidadas que se habían depositado durante el Oligoceno y que modelaban un paisaje y una morfología rocosa que ha sido objeto de estudios modernos [THIRY y COJAN, 1998; THIRY, 2005; THIRY, SCHMITT, INNOCENT y COJAN, 2013].

A pesar de la duda y la incredulidad que suscitó el comentario de los niños, Garnot, un médico que era un antiguo cirujano de los ejércitos imperiales, y el coronel Juncker, que se encontraba en Moret junto a Le François, visitaron la formación rocosa. Informaron del hallazgo a Jean Nicolas de Larminat, quien por entonces era el alcalde y el conservador de Fontainebleau (1777-1840). Asimismo, escribieron a Cuvier, al *Muséum National d’Histoire Naturelle* (París), invitándole a pasarse por Moret para que examinara y estudiara el objeto descubierto [LIORET, 1910, p. 180].

Pronto se propagó la noticia del descubrimiento en los alrededores. Al día siguiente en Long Rocher hubo una gran afluencia de público llegado de las comunidades vecinas. En las jornadas posteriores se presentaron diversas personalidades llegadas de París, como Horace Vernet (1789-1863), pintor de batallas y orientalista,

quien comentó que la cabeza del caballo era muy bella. Numerosos dibujos fueron esbozados por otros artistas, entre los que se puede citar a Merry-Joseph Blondel (1781-1853), miembro de *l'Académie des Beaux Arts* y profesor de la escuela de Bellas Artes de París, Blondel, pintor del rey que había decorado una galería del Castillo de Fontainebleau, dibujó el bloque de arenisca que se suponía que era un “hombre fósil” [LIORET, 1910, p. 180].

Con el objetivo de proteger los supuestos restos humanos de la degradación de los visitantes, ya que el público comenzó a llevarse algunos fragmentos como recuerdos, se trasladó la parte que correspondía al pretendido caballo y al caballero a Moret y se depositó en la casa de Ganot, a fin de tenerlos a disposición de Cuvier.

Pierre-Louis Nicolas Meulan (1767-1832), subprefecto de Fontainebleau, se enteró de la noticia del descubrimiento debido al clamor público y se desplazó al lugar del hallazgo, aprovechando la ocasión que se le presentaba para mostrar su celo e interés por las cosas raras y antiguas. Meulan elevó a su superior, Michel-Augustin de Goyon (1764-1851), prefecto de Seine-Marne, un largo informe en el que mostraba gran entusiasmo [LIORET, 1910, p. 180].

Meulan expondría en su relación a Goyon que al entrar en el lugar de la excavación había podido observar en el bloque la forma de un brazo doblado por el codo, no se apreciaba la existencia de dedos pero sí de lo que podía ser las cinco juntas de una mano. Le habían comentado que si se introducía una paja en la juntura del supuesto dedo medio se hundía hasta cinco pulgadas en lo que podía ser la parte hueca de un metacarpo. Para él, esto parecía disipar las dudas acerca de que el brazo estaba petrificado y permitía rechazar la idea de que era un juego de la naturaleza. En cuanto al resto del cuerpo del jinete y del caballo, Meulan decía en su informe que no se podía prejuzgar si era un fósil o no, a causa de la aglomeración de la piedra, que al extenderse se había identificado con las supuestas partes de los cuerpos. En la cabeza de lo que podía ser un caballo fósil, decía, se observaba perfectamente una oreja aplastada, además de la curvatura de la cabeza, el hocico, la crin, el cuello, etc. No así el ojo, que se había visto “amalgamado” con la piedra. La pretendida cabeza del jinete era un óvalo perfecto, cubierto por la forma de lo que parecía un casco con su cresta. Meulan recordaba a Goyon que había disparidad de opiniones sobre si era un hombre fósil o un juego de la naturaleza. Él no tenía dudas. En el bloque se había encontrado reunida la cabeza de un caballo, una cabeza humana con su casco, un brazo doblado con manos y sus juntas y la cavidad de un dedo medio para unirse al metacarpo, y si todo ello se miraba de forma conjunta las dimensiones correspondían a las de los cuerpos de un humano y un equino. Se había dicho, comentaba Meulan, que los cuerpos humanos no podían petrificarse y él no entendía el porqué de esta afirmación. Si esto fuera así, la existencia del hombre fósil era una excepción si se comparaba con la del resto de los animales que Cuvier había ido identificando. El creía que si no existían ejemplares de hombres fósiles era porque no se habían encontrado y porque el instinto de conservación humano permitía evitar el peligro

de deslizamientos geológicos. En ausencia de aire, los cuerpos hallados en Pompeya y Herculano no se descomponían, y aunque se conservaban, se reducían a polvo si entraban en contacto directo con la atmósfera. Meulan concluía su informe reconociendo que no tenía claro si este hallazgo tenía interés desde el punto de vista de las artes, como se recogía en una circular de 1810 que recomendaba a los administradores de los departamentos poner su atención sobre los monumentos antiguos. Pero en su opinión, el hallazgo era de interés ya que podría destruir el prejuicio de que los cuerpos humanos no podían petrificarse. Pero eso evidentemente era algo que debería establecer Cuvier [LIORET, 1910, p. 183-184].

Goyon respondió que iba a transmitir el informe al Ministro del Interior, “*afin qu’il puisse donner des ordres pour acquérir de plus grandes lumières sur l’importance du phénomène*” [LIORET, 1910, p. 184].

2.1. La descripción del objeto

Una buena descripción de la pieza y de una posible explicación del fenómeno puede ser la carta enviada el 23 de julio de 1824 a uno de los miembros de la Comisión formada para la investigación de las Antigüedades Nacionales, en el Departamento de la Côte-d’Or. El folleto no revelaba el nombre del autor ni del destinatario. Era una reflexión de lo que pensaba el autor acerca del pretendido fósil humano, del que todo París hablaba. Aunque la curiosidad estaba bien fundamentada, también afirmaba el autor que se necesitaba muy poco para atraer la atención de un público ávido de novedades, pero al que le costaba mucho fijar seriamente su atención. Era consciente que el destinatario no compartía la frivolidad ni la inconstancia de la mayoría de las personas y que nada novedoso atraía su atención, a no ser que el asunto mereciera la pena. Así que quedaba por saber si el pretendido fósil cumplía estas dos condiciones [ANÓNIMO, 1824, p. 1].

Tras describir la forma del objeto y la situación del jinete y el caballo, el autor de la carta resumía su explicación diciendo que la masa pétreo atribuida al hombre parecía la de un individuo aplastado, acostado sobre el lado derecho, el brazo doblado sobre el pecho y la cabeza más abajo que la cintura. La cabeza del caballo, que se encontraba bajo los pies, estaba también echada sobre el lado derecho. Se encontraba aplastada y vuelta hacia el caballero. En la pieza no se hallaban partes fósiles, como algún hueso petrificado, sólo se veía una masa pétreo, homogénea, que representaba bastante bien la mitad derecha de una cabeza de caballo, aplastada y deformada. Pero también había que decir que era difícil encontrar diferencias entre este bloque y el vecino. Si no era un caballo fósil, sólo podía concebirse tres posibilidades, o era un juego de la naturaleza, o un antiguo trabajo manual o una cabeza moldeada por la misma naturaleza [ANÓNIMO, 1824, p. 2-5].

El autor decía que varias veces había dirigido la mirada del caballo al jinete y de éste al caballo, y cada vez se había convencido más de la analogía que había

entre ambos. La posición de ambos podía explicarse suponiendo que la roca hubiera colapsado encima del hombre montado sobre el caballo, que ambos hubieran sido aplastados y que el cuerpo humano se hubiera roto en varias partes. El brazo era muy parecido al de los humanos, el codo estaba bien formado, el antebrazo arqueado como de manera natural. Los dedos de la mano habían desaparecido pero se podía ver la base del carpo, así como varios agujeros estrechos y hondos. Algunos anatomistas pensaban que los dos agujeros más profundos podían representar los tubos del radio y del cúbito, ya que se podía hacer entrar un hilo hasta una profundidad de siete pulgadas. Bastaba la existencia de este brazo, que no era fósil pero tenía la forma de una extremidad superior humana, cerca del caballo, que al igual que el brazo su figura recordaba a la de un equino, para que muchos aseguraran que allí había la apariencia de dos seres vivos [ANÓNIMO, 1824, p. 6].

Una prueba con la que se quería demostrar que el conjunto era un fósil fue golpear con un pequeño martillo las dos cabezas, del jinete y el caballo, y después la piedra vecina. Se comprobó que los golpes resonaban de manera diferente. Pero este indicio le parecía al autor insignificante. Más serio le parecía la objeción de por qué la cabeza del caballo estaba completamente formada mientras que la humana no, partiendo del hecho de que las causas que habían provocado el fenómeno eran la misma en ambos casos. Él personalmente no encontraba explicación a esto. Otra cuestión se refería al brazo humano y a la cabeza del caballo, las dos partes mejor formadas desde el punto de vista anatómico. No podían ser juegos de la naturaleza, semejantes a los que había en otras masas rocosas del bosque de Fontainebleau, porque la casualidad no podía explicar que ambas imágenes, un brazo humano y la cabeza de un caballo, estuvieran juntas en la misma roca [ANÓNIMO, 1824, p. 7].

El autor de la carta explicaba el hallazgo del pretendido fósil humano suponiendo un hombre tendido en el suelo, acostado sobre el lado derecho, a la entrada de una gruta, con su caballo a sus pies. Por uno de esos accidentes nada raros en el bosque de Fontainebleau, el punto de apoyo donde la cabeza descansaba se había doblado, inclinándose el cuerpo hacia este punto. El techo de la cueva se colapsaría hacia ambos cuerpos. Los lados superior o izquierdo de las dos cabezas serían aplastados y moldeados, el cuerpo se rompería violentamente en varias partes. La arena fina del bosque, traída por el viento y la lluvia, habría envuelto a los dos cuerpos, exceptuando algunos puntos por donde el aire había penetrado, y éste con el tiempo destruiría los músculos y las partes blandas. Quedarían los esqueletos, que con el tiempo terminarían convirtiéndose en polvo, mientras la arena se habría endurecido como la piedra. Más tarde, otra capa de arena tras endurecerse formaría la imagen imperfecta de los cuerpos, con la apariencia más o menos llamativa de formas orgánicas recubiertas por una corteza exterior. Esta interpretación, según el autor, podía explicar la posición tan extraña en que se habían encontrado el jinete y

el caballo en la arenisca. Era lo mismo, decía, que lo que ocurría en los desiertos del norte de África, donde sus habitantes comentaban el hallazgo de petrificaciones humanas, que no eran otra cosa, en su opinión, que seres humanos moldeados tras ser tragados por tormentas de arena. Lo único a lo que no podía dar una explicación era la cuestión del tiempo necesario para que ocurriera el fenómeno descrito, por lo que había que renunciar a referirse a cuestiones cronológicas y a cualquier alusión histórica [ANÓNIMO, 1824, p. 8-12].

2.2. El “hombre fósil” como espectáculo público

Aprovechándose del interés general y de que la afluencia de público continuaba sin interrupción en Long Rocher, dos diletantes, el capitán Saint-Clair y G. d’Hermilly, con el objeto de intentar sacar beneficios económicos, consiguieron comprarle la roca a la persona que la tenía en explotación. A través de unos obreros la extrajeron del suelo y la llevaron a París. En la capital exhibieron el hombre fósil en el número 15 del *Boulevard des Capucines*, en un enorme local dispuesto para ello, en el que se construyó un decorado formado por tierra, rocas y árboles a imitación del bosque de donde procedía. El *Journal de Paris*, durante el mes de agosto de 1824, anunciaba que el horario de apertura para el público era de 9 horas a 17 horas, durante todos los días.

Justo en el salón de al lado se exhibía el Panorama de Río de Janeiro, un espectáculo nuevo que provocaba gran interés. A través de los dibujos de Hippolyte Félix Taunay, correspondiente del *Muséum Nationale d’Histoire Naturelle* de París, podían contemplarse y disfrutar de la vegetación de los trópicos, los paisajes llamativos brasileños y la arquitectura de la bahía y la ciudad de Río de Janeiro.

Los dos promotores llevaron a cabo una campaña de prensa publicitaria agresiva y cubrieron las calles de París de carteles invitando a la población a ir a contemplar el “hombre fósil”. El éxito de público fue enorme. La gente se aglomeró en el Bulevar de los Capuchinos. La multitud se acercaba tanto a contemplar el objeto que el guardia apenas podía impedir a los curiosos que se acercaran y se llevaron un trozo del “*homme de pierre*”: No le quedó otro remedio que proclamar: “*Plus vous vous éloignerez, plus l’illusion sera complète*” [LIORET, 1910, p. 185].

El “hombre fósil” fue objeto de inagotables conversaciones en los salones y cafés de la capital, donde se discutía si era un hombre petrificado o un juego de la naturaleza.

Una litografía realizada en el salón de exposiciones por Godefroy Engelmann (1788-1839), artista e impresor litográfico, daba una idea de lo que podía ser el objeto expuesto. Echándole imaginación puede verse un cuerpo tumbado con las piernas hacia arriba. Bajo los pies hay trozos amontonados entre los cuales podía distinguirse, eso sí con muy buena voluntad, una cabeza de caballo [LIORET, 1910, p. 185].



Figura 1. M. G. Lioret (1910). *L'Homme Fossile de la Forêt de Fontaineblau*.

Crónicas de la época comentaron que el duque de Northumberland ofreció comprarlo por 300.000 francos, pero que su oferta fue rechazada.

Aprovechando el tirón popular se escribió un guión y se montaría en el teatro un vodevil titulado “*L'Homme fossile*”. El periódico *La Pandore. Journal des spectacles, des lettres, des arts, des moeurs et des modes*, anunciaba el 24 de agosto de 1824 la primera representación en el teatro Gymnase Dramatique de *Le naturaliste ou l'Homme Fossile, folie-vaudeville en un acte*. Los autores habían sido los dramaturgos Emmanuel Théaulon (1787-1841) y Antoine Simonin (1780-1856).

Los personajes que aparecían en el vodevil eran Rocaille, un naturalista; Léon, su sobrino; Firmin, un vendedor ambulante, amigo de Léon; Élise, pupila de Rocaille; Madeleine, criada de Rocaille; además de ayudas de cámara y aldeanos. El guión

comenzaba con Rocaille, un distinguido naturalista, que rechazaba de manera obstinada conceder a su sobrino Léon la mano de su pupila Élise. Léon pretende a cualquier precio introducirse en la casa de su tío y para ello trama disfrazarse de “hombre fósil” y ser llevado ante su pariente, que quiere estudiar el ejemplar. Para conseguir su propósito Léon es ayudado por su amigo Firmin, un vendedor ambulante de vinos que intenta ganarse el favor de Rocaille halagando su pasión por la Historia Natural. El tío cae en un principio en la trampa pero por azar descubre la intriga. Durante la cena sale de la casa con la intención de cortarle un dedo al “hombre fósil” y exponerlo en su gabinete de Historia Natural. Pero su pupila lo descubre y Rocaille esconde entonces sus útiles de cortar en un matorral, donde encuentra y lee una carta dirigida a su sobrino. Léon abandona su intención de engañar a su tío, justo en el momento que unos portadores traen el verdadero “hombre fósil”, que hace depositar en el palanquín que él antes había ocupado. Rocaille conociendo la farsa quiere dar una lección a su sobrino y reprocharle su conducta. Coge el fósil por la oreja y ante el asombro general se queda con la cabeza en la mano. En ese momento entran todos en escena y Léon dice que había comprado el fósil para el gabinete de su tío. Este conmovido le concede la mano de Élise (THÉAULON y SIMONIN, 1824).

El interés en la literatura del hombre fósil se reflejó en una obra de Charles Jacques Odry (1781-1853), actor y poeta, quien en su *Trois Messéniennes* [ODRY, 1824 : 9-13], compondría el poema “L’Homme fossile”:

“L’Homme fossile”. Je te saule, homme fossile / Bonjour, mon vieu / Plus dur qu’un pieu ! / Te ressembler est difficile / ... ! / Bien moins vorace, / Mais plus coriace / Que l’homme vivant, / Gonflé de vent, / Homme étonnant ! / Quoique impuissant, / Homme fossile ! / Quand on t’a vu pour son argent, / Qu’on t’a parlé, l’on est content ; / D’autant / Que tu n’es pas méchant. / ... / Est-il dans l’univers, dans l’univers entier, / Un particulier, / Dans l’Europe et Afrique, / L’Asie et l’Amérique, / Dans Rome ou dans Paris, dans Paris, dans ou dans Rome, / Est-il un homme, / Un paysan, / Un vrai Normand, / Qui puisse dire, / Et même écrire, / Sans médire, / Que tu n’as pas vécu ; / Marché, / Craché, / ... / Et bu !!!... / Et ta noble jument, si parfois c’en est une... / (Je n’en suis pas certain, l’ayant vue a la brune) / Ta jument, dis-je, oui, to bon et fort cheval, / Bel animal, / Sans son égal ! / ... / Ah ! Mes amis, / Que vous êtes jolis !... / Sans mentir... Mais j’ai tout dit, / Tout écrit. / *Nunc...* / fasse le ciel et la faculté entière, / Que vous soyez bientôt guéris de la pierre !... / En attendant... pour un exemple utile, / Je dis : Vive l’homme fossile, / Vivent ses pères et mères et ses frères et sœurs, / Vivent ses descendants ! ... Mort aux contrefacteurs !!!

3. LA CONTROVERSIA CIENTÍFICA

Cuvier, quien fiel a sus convicciones científicas basadas en datos paleontológicos nunca dudó de que fuera una masa rocosa cuya forma recordaba a la de un caballero y su montura, no se desplazó a Fontainebleau, pero enviaría a Moret a Rousseau, un *Aide-anatomiste* del *Museum National d’Histoire Naturelle* de Paris [LIORET, 1910, p. 185]. En una carta al marqués de Bonnay (1750-1825), gobernador del Castillo Real de Fontainebleau, Cuvier le comunicaba que Rousseau había partido para observar la petrificación que se había encontrado en dicho bosque. No era un viaje

oficial sino un simple paseo de naturalista aprovechando la invitación de una prima. Justificaba así que no se hubiera presentado en el Castillo. Rousseau, decía, era un joven observador modesto, que no imponía sus puntos de vista y al que le faltaba aún adquirir experiencia a través de reflexiones y estudios, para poder decidir sobre un fenómeno y para indicar a los demás cómo se debía investigar para llegar a la verdad [*L'Intermédiaire*, 1904]. Lo más probable es que este joven fuera Louis-Emmanuel François Rousseau (1788-1868), ayudante naturalista con Cuvier, sería jefe de trabajos anatómicos del Museo Nacional de Historia Natural de París y la persona que redactaría la descripción de la enfermedad y autopsia de Cuvier [ROUSSEAU, 1832].

3.1. El análisis químico de Barruel

Interpretación distinta a la de Cuvier fue la de Jean-Pierre Barruel (1780-1838). Experto en química médico legal y jefe de trabajos químicos de la Facultad de Medicina de París y de la Academia de Medicina, Barruel fue posiblemente el primer científico que se informó sobre el hallazgo, ya que poseía una casa en Moret donde le gustaba pasar sus ratos de ocio y, dada la proximidad, no tardó en desplazarse a Long Rocher. Nada más ver la muestra rocosa Barruel se convenció que se encontraba ante un “hombre fósil” [LIORET, 1910, p. 184]. Pero no se contentó con afirmar el origen orgánico del ejemplar sino que intentó probar su opinión. Para ello redactó un folleto, fechado en París el 17 de mayo de 1824 y titulado *Notice sur le fossile humain trouvé près de Moret*, que tendría amplia repercusión en los medios científicos.

Barruel comenzaba su discurso apelando a los trabajos geológicos de Joseph-Marie de Lassone (1717-1788) sobre el origen de los bloques de gres de Fontainebleau. Según él, habían sido el coronel Juncker y el doctor Ganot quienes, estando de caza, habían descubierto una petrificación muy extraña, tanto por su forma como por su naturaleza, en la que se veía un hombre sobre su caballo ambos petrificados. Barruel comentaba que se había enterado del descubrimiento por sus hijos, que se encontraban en ese momento en Moret junto con los sobrinos del coronel Juncker, y que eran compañeros de colegio. Así que fue él en persona para, en interés de la ciencia, asegurarse que la ardiente imaginación de los escolares no les había nublado el sentido [BARRUEL, 1824a: 4].

Barruel declaraba que tras haber examinado el espécimen pétreo le había resultado evidente que, por un lado, eran los restos de un cuerpo humano, del cual se conservaban unas bellas formas y proporciones, y por otro, los de un caballo con una cabeza digna de admiración.

La curiosidad, decía Barruel, había conducido al lugar del hallazgo a una gran cantidad de personas que opinaban de manera diversa sobre las causas y circunstancias de la petrificación. Él pensaba de manera diferente a la mayoría y lamentaba que los científicos más expertos hubieran desdeñado esclarecer con sus conocimientos lo

que él consideraba como un tesoro de historia natural. Un tesoro cuya preservación requería el cuidado de un experto de las artes, y que, a su pesar, se había entregado a manos mercenarias, a canteros de muy mala reputación [BARRUEL, 1824a: 4-5].

Continuaba diciendo que los periódicos habían entretenido a sus abonados con el hallazgo del “hombre petrificado”, provocando al mismo tiempo una respuesta científica. Se discutía en todos los salones de la capital, recordando que nunca se habían encontrado fósiles humanos, por lo que no podía existir un hombre petrificado. Para otros, el descubrimiento de Long Rocher no era más que una singularidad de la naturaleza. En medio de tantas opiniones divergentes y a menudo ridículas, él deseaba un debate en profundidad. Creía que un análisis químico podía demostrar la presencia de elementos orgánicos antiguos, como el fosfato de calcio de los huesos, lo que probaría que era un verdadero fósil.

Tras haberlo intentado a través de Garnot, sólo en abril de 1824 Barruel consiguió que Saint-Clair le enviara unos fragmentos del objeto para poder efectuar las pruebas. Según él los fragmentos que llegaron a sus manos parecían formados enteramente de arenisca, sin embargo, su naturaleza y color era completamente diferente de la roca a la que estaban adheridos. Llevó a cabo la experiencia detallando en su folleto el elaborado proceso que siguió. Comenzó calentando un tubo de vidrio, que desprendió un olor amoniacal análogo al que desprendía cualquier hueso sometido a la misma operación. Trató a continuación con ácido clorhídrico, amoníaco, alcohol, oxalato de amoníaco, etc., y tras disoluciones y evaporaciones obtuvo un precipitado gelatinoso y llegó a la conclusión que los fragmentos analizados contenían materia orgánica animal y presencia de fosfato de calcio, lo que era un signo característico de huesos fósiles. Afirmó que este resultado fue apoyado por otra experiencia, ya que el análisis comparativo de la roca mostró que sólo contenía arena, pero no materia orgánica ni fosfato de calcio. Las experiencias probaban a Barruel que las partes estudiadas contenían una materia orgánica animal y también una de las bases de todos los huesos, el fosfato de calcio. Por tanto, para él la petrificación encontrada cerca de Moret era un verdadero fósil humano, una petrificación, eso sí, rara y extraña. Su origen debía ser anterior a la última catástrofe geológica, cuya intensidad podía reconocerse recorriendo y observando las masas rocosas de Fontainebleau [BARRUEL, 1824a: 6-8].

3.2. La polémica en la prensa

La prensa intervendría en la polémica al publicarse en *Le Courrier Français* del 15 de junio de 1824 [167, p. 3] un resumen de la opinión de Barruel, según la cual los fragmentos analizados contenían materia orgánica de origen animal. La nota del periódico recordaba que Cuvier había negado el hallazgo de fósiles humanos, por lo que el ejemplar de Long Rocher era un objeto de gran importancia para la ciencia. Su descubrimiento, se decía, podía cambiar las ideas aceptadas hasta entonces. En la misma nota se atribuía a Alexander von Humboldt el comentario de que la noticia de

Barruel destruía, en ocho páginas, los dos gruesos volúmenes con las ideas de Cuvier sobre los huesos fósiles de mamíferos y contenía el germen de otros veinte volúmenes de polémica. Al día siguiente el mismo periódico publicaría una aclaración de Humboldt al redactor de la noticia. Humboldt afirmaba que él había emitido el juicio que se le atribuía a la gran obra de Cuvier *Recherches sur les ossements fossiles* porque desconocía el estado de la cuestión. Había examinado hacía unos meses fragmentos de una roca que le habían asegurado pertenecía al *homme de Long-Rocher* y no había podido encontrar con la lupa la más mínima traza de tejido orgánico. Pero como se había realizado un análisis que parecía demostrar lo contrario por un químico tan reputado como Barruel, le había entrado curiosidad científica y tenía intención de conseguir nuevas muestras. El error en la observación de los hechos, decía Humboldt, era más peligroso para la ciencia que el error de los sistemas y de las reflexiones teóricas [HUMBOLDT, 1824, p. 3].

Es interesante el artículo publicado en el *Journal de Débats Politiques et Littéraires* del 10 de agosto de éste 1824, ya que es la única fuente que plantea la necesidad de referirse a la gran antigüedad de la pieza, en el supuesto de que fuera un fósil. Tras explicar cómo se fue construyendo históricamente el concepto de fósil, se centraba el artículo en la obra de Cuvier y en sus excavaciones, que había “resucitado”, o restituido al mundo animal, un gran número de géneros y especies enterrados desde los tiempos antediluvianos. Cuvier explicaba la historia geológica apelando a su teoría de las catástrofes, según la cual en el pasado la superficie terrestre se había visto anegada varias veces por océanos, que al retirarse habían dejado restos de la fauna que vivía antes de las inundaciones. Esta fauna venía representada por los fósiles. Cuvier afirmaba que ningún hueso humano fósil se había encontrado entre los restos de mamíferos. Tras este preámbulo abordaba la cuestión de si era un fósil humano el objeto hallado en Fontainebleau. En este punto criticaba los análisis químicos de Barruel, los cuales, según éste, demostraban la naturaleza orgánica de la pieza, pero no discutía nada sobre su gran antigüedad. En miles de sitios un hombre y su caballo podían haber caído por un precipicio, quedar cubiertos por deslizamientos de tierra, envueltos por arenas o tierras, que formarían un molde con las formas de los cuerpos, pudiendo conservarse así durante varios siglos, sin que esto significase que el accidente hubiera ocurrido antes del Diluvio [Z, 1824].

3.3. La intervención de L'Académie Royale des Sciences de Paris

Saint-Clair y d'Hermilly, los dueños del objeto, pidieron que la Academia de Ciencias parisina examinara el supuesto fósil humano. Mandaron una muestra y la Academia comisionó para su estudio, en la sesión de 26 julio de 1824, al naturalista Etienne Geoffroy de Saint-Hilaire (1772-1844) y a Louis Jacques Thenard (1777-1857), farmacéutico y químico.

En la sesión del 9 agosto 1824 de la Academia de Ciencias de París tres expertos en análisis químicos, como eran Jean Baptiste Alphonse Chevallier (1793-1879), An-

selme Payen (1795-1871) y Jean-Sébastien Eugène Julia Fontenelle (1780-1842) expusieron una memoria sobre el análisis del hombre fósil y las experiencias químicas hechas en fragmentos tomados de la superficie de dicho fósil, de donde resultó que habían encontrado, además de la arenisca del bloque, mínimas proporciones de materia nitrogenada, variable en su peso entre 17 centésimas a 14 milésimas, así como agua, sílice, albúmina, óxido de hierro y algunas trazas de calcio. A diferencia de Barruel, no encontraron fosfato de calcio. En su conclusión consideraban que en la superficie analizada correspondiente a la supuesta mano, se habían extraído productos amoniacales más abundantes que en las demás zonas, pero sin ningún indicio de la presencia de fosfatos.

Otros dos especialistas en la materia, Louis Nicolas Vauquelin (1763-1829) y Louis Jacques Thénard (1777-1857), fueron comisionados para examinar la memoria de Chevallier, Payen y Julia Fontenelle y dar su opinión sobre la naturaleza de la muestra del pretendido fósil. Repitieron el análisis sobre fragmentos tomados de diversos puntos de la piedra figurada. Solo encontraron fosfato de calcio en una de las seis muestras, la correspondiente al fragmento que supuestamente correspondía a la mano, y su proporción era mínima, apenas dos centésimas. Se llegó a conjeturar que esta mínima porción de fosfato de calcio en un solo punto podía provenir de abejas que hubieran hecho su nido en esa parte [CUVIER, 1834, p. 243-244].

En la sesión del 6 de septiembre, tras presentar Thénard y Vauquelin los resultados de su análisis, Cuvier intervino para insistir en diversas cuestiones relativas a las características de los fósiles. Comentó que incluso si se probara que el bloque de arenisca hallada en Moret fuera realmente un caballo y un hombre en estado fósil, eso no cambiaría las ideas aceptadas en geología. Para llegar a una conclusión definitiva en este caso, habría que serrar la pieza que representaba la cabeza del caballo y sería la presencia o ausencia de fósiles en su interior la que decidiría finalmente la cuestión [*Annales de Chimie et de Physique*, 1824, 27, p. 208-213].

3.4. Huot y los procesos de fosilización y petrificación

Una respuesta a Barruel llegaría también a través de la prensa, de la pluma de Jean-Jacques Nicolas Huot (1790-1845), geólogo fundador de la *Société Géologique de France*. En el *Corsaire, journal de littérature, des spectacles et des sciences*, Huot publicó diversos artículos los días 27, 29 y 31 de julio y 1 de agosto de 1824, que poco después aparecería en forma de folleto con el título *Notice géologique sur le prétendu fossile humain trouvé près de Moret, au lieu dit le Long Rocher (Seine-et-Marne)*.

Huot comenzaba definiendo lo que se debía entender en geología por fósil y petrificación y sus diferencias. En este sentido se debatía si la formación rocosa de arenisca que se atribuía a un fósil humano era un fósil, una petrificación o una simple incrustación. Un fósil estaba claro que no lo era, ya que solo las partes duras de un organismo, los huesos, podían fosilizar. Las partes blandas, como los músculos, se

destruía completamente, por lo que la formación de Long Rocher no podía ser un fósil humano. Tampoco una petrificación, ya que en este proceso la sustancia pétreo sustituiría a las moléculas orgánicas de las partes sólidas, al tiempo que desaparecía la parte muscular [HUOT, 1824a: 5-8]. Así que como el objeto en cuestión no se trataba de un fósil, ni de una petrificación, ni en consecuencia se podía relacionar con alguna de las grandes revoluciones físicas que habían asolado al planeta, era por tanto un tema de discusión ajeno a las cuestiones geológicas.

Tampoco era una incrustación, que tenía lugar cuando los huesos de un cadáver se cubrían de moléculas calcáreas o silíceas. Este era el caso de los restos óseos que se habían encontrado hacía unos pocos años en la costa de la isla de Guadalupe, o de las momias naturales que se hallaban en las arenas del desierto de Libia [HUOT, 1824a: 9-12].

Para Huot, hubiera sido mucho más interesante desde el punto de vista científico el hallazgo de restos óseos dentro de un bloque de arenisca, que los fragmentos de esta roca dispuestos en forma artística que se mostraba al público en París. El no pretendía contradecir la validez de la experiencia de Barruel, pero no admitía de manera rigurosa las conclusiones que extraía. En su opinión, para asentar un juicio basado en un análisis era preciso presentar la cantidad relativa de cada una de las sustancias reconocidas, comparadas con la cantidad total de la materia analizada, es decir, en qué proporción se había encontrado la gelatina, el fosfato de calcio, el carbonato de calcio, la sílice y el óxido de hierro. Era importante conocer la proporción de gelatina, ya que había que asegurarse que no había habido contaminación de alguna sustancia de origen orgánico, que podía haber llegado de manera accidental a la cavidad donde se había encontrado el pretendido fósil, como por ejemplo, que hubiera servido de guarida de animales [HUOT, 1824a: 15-16].

La presencia de fosfato de calcio no probaba nada, ya que este compuesto se había encontrado incluso en las llamadas rocas primitivas donde no había presencia orgánica. Además, Barruel había analizado fragmentos procedentes de la parte superficial de la masa rocosa discutida, la más expuesta a los agentes exteriores. Nada aportaba, por tanto, para Huot la existencia de pequeñas cantidades de moléculas orgánicas y menos concluir de ello que tales mínimas porciones probaban la existencia de un cuerpo humano, así como la absurda consecuencia que sería suponer que tejidos musculares se hubieran metamorfoseado en las areniscas inorgánicas [HUOT, 1824a: 16-17].

Este trabajo de Huot sería extractado ese mismo año en revistas científicas, como el *Bulletin des Sciences Naturelles et de Géologie* [HUOT, 1824b] y en los *Annales des Sciences Naturelles* [HUOT, 1824c].

En el texto de esta última revista se recogían algunos comentarios de Huot sobre la naturaleza del *gres de Fontainebleau* y sobre el análisis que se había hecho de varios fragmentos del pretendido fósil. Así, decía, geólogos como Alexandre Brong-

niart (1770-1847) no habían encontrado restos orgánicos en estado fósil en el gres de los alrededores de Fontainebleau y habían comentado que la acción atmosférica y la erosión causada por la lluvia provocaba formas más o menos extrañas en las rocas de dicho terreno. Por otro lado, Thénard y Vauquelin habían analizado partes superficiales del objeto de discusión, encontrando algunas milésimas de una materia nitrogenada, agua, sílice, alúmina, óxido de hierro y algunas trazas de calcio. Había que admitir que se había encontrado fosfato de calcio en el supuesto hombre petrificado, pero en una cantidad muy pequeña, ya que Thénard y Vauquelin sólo habían encontrado este compuesto en una de las diez muestras examinadas, la que se atribuía a la mano del caballero. La cantidad era tan pequeña que hizo falta recurrir a nuevos métodos analíticos para detectarlas. Además, el fosfato de calcio era una sustancia natural cuyo hallazgo en ciertas rocas no significaba la presencia de restos de seres orgánicos. La cantidad de materia orgánica hallada en la superficie exterior de la roca de arenisca analizada había sido insignificante. Pero incluso en el caso de que se hubiera detectado más, no era una razón para mirar al objeto como un fósil, ya que estaba probado que en la superficie exterior podía encontrarse rastros de la permanencia de animales o el depósito de partículas de materia orgánica que flotaban en el aire. Asimismo, en los resultados analíticos de Thénard y Vauquelin había una circunstancia en la que había que insistir y era que cuando se exponía la roca a la acción del calor se desprendía primero un líquido ácido y después otro cargado de amoníaco. El desprendimiento del ácido, según se demostraba en otros ensayos, era más frecuentes en las materias vegetales nitrogenadas que en las de origen animal [HUOT, 1824b: 146-148].

El zoólogo Anselme Gaétan Desmarest (1784-1838), alumno de Cuvier y Brongniart, participó en la controversia publicando un pequeño artículo titulado “Sur le prétendu fossile de Fontainebleau” [DESMAREST, 1824].

Desmarest coincidió con las tesis de Huot, en un discurso en que definía lo que era un fósil, una petrificación, un molde y una incrustación. El objeto exhibido en el boulevard de los Capuchinos evidentemente no era para él un fósil, ya que este tipo de resto exigía la existencia de tejido óseo en vertebrados y de partes duras en invertebrados y este no era el caso, como había reconocido Humboldt en los fragmentos que examinó. Tampoco era una petrificación, que implicaba la sustitución de las partes sólidas de un organismo por una materia distinta. Ni era un molde, o representación de las formas exteriores de un organismo, ya que el bloque de roca discutido no representaba exactamente las formas a las que se atribuía. Por último, el hombre y el caballo de Long Rocher no era una incrustación, ya que no había huesos con recubrimiento sedimentario. ¿Y entonces que era? Pues era un bloque de arenisca con sus partes superficiales modeladas por la acción de los fenómenos atmosféricos, como podía observarse en muchas rocas del bosque de Fontainebleau. Respecto a las trazas de materia orgánica, los análisis del fragmentos que Chevallier, Payen y Julia Fontenelle habían dirigido al Instituto de Francia, no contemplaba la presencia de fosfato

de calcio. El índice de materia nitrogenada variaba su peso entre centésimas y milésimas, siendo la cantidad de estas materias más considerable en la superficie exterior del bloque analizado, lo que en opinión de Desmarest probaba que eran producto de una impregnación orgánica posterior y que no estaban donde se habían encontrado desde un principio [DESMAREST, 1824, p. 368-370].

3.5. Los análisis químicos de la Société Linnéenne de Paris

Otro análisis fue llevado a cabo en la *Société Linnéenne de Paris*. Esta asociación científica fue requerida en 1824 por sus correspondientes para que se pronunciara sobre el supuesto “hombre fósil” de Fontainebleau. En años anteriores ya había intervenido en polémicas como los pretendidos huesos humanos hallados en Marsella, en realidad restos de tortugas, sobre hombres petrificados de las canteras de Bruggel en Bélgica, que fueron reconocidos como pertenecientes a saurios, y sobre la antigüedad de los restos humanos encontrados en la caverna de Durfort, en el departamento de Gard francés, en los que quedó establecido que eran modernos y que habían sido depositados allí como en un osario [DESCOURTILZ, GILLET DE LAUMONT y THIÉBAUT DE BERNEAUD, 1825, p. 347].

Se nombró una comisión especial para realizar el examen del ejemplar y se avisó a los propietarios del mismo, los cuales dieron las facilidades oportunas para llevar a cabo la misión, el 20 de julio, dos días antes de la exposición pública. El análisis fue encargado a un naturalista, Jean-Théodore Descourtilz (1796-1855), a un mineralogista, François Pierre Nicholas Gillet de Laumont (1747-1834), y a un militar y agrónomo, Arsène Thiébaud de Berneaud (1777-1850). El resultado de su trabajo se publicaría en las memorias de la sociedad correspondiente al año 1825, con el título: *Rapport sur le fossile trouvé au Long-Rocher, dans la forêt de Fontainebleau*.

La memoria comenzaba haciendo referencia a los debates aireados por la prensa que el descubrimiento de la pieza rocosa había dado lugar. En dichos debates se había sacado a relucir otras petrificaciones humanas discutidas en el pasado o la incrustación que se había formado sobre esqueletos humanos hallados en la isla de la Guadalupe. Debido a este interés popular, algunos correspondientes de la *Société Linnéenne* habían demandado que se examinara el objeto y se emitiera un veredicto.

Los comisionados se desplazaron al salón de exposiciones de los Capuchinos donde se exponía la pieza y lo primero que observaron fue la ausencia de huesos y de las formas y proporciones anatómicas “bellas” que se había asegurado que tenía. El brazo parecía humano, el codo estaba bien formado y el antebrazo arqueado como si fuera natural. Golpeando en estas partes se oía un sonido sordo, mientras que era sonoro en las rocas vecinas. Los propietarios les proporcionaron fragmentos de su objeto, extraídos superficialmente de posiciones cercanas a los que había utilizado Barruel. Sus experiencias, que detallaron en la memoria, dieron poco más o menos los mismos elementos que los obtenidos por Barruel, a excepción del fosfato cálcico,

que de existir en los fragmentos analizados se encontraba tan en mínimas proporciones que no podían ser tomadas en consideración. Por lo que el problema no quedaba resuelto. Decidieron entonces los comisionados desplazarse a Fontainebleau el 3 de agosto, al lugar del descubrimiento, en busca de posibles nuevos datos, llegando al día siguiente a Long Rocher.

Estudiaron los bloques de arenisca del entorno y encontraron en ellos agujeros de unos pocos milímetros de diámetro, pero cuya profundidad a veces llegaba a un metro. Estos agujeros de los bloques no eran, como alguien había sugerido, el resultado del trabajo de abejas, sino que se habían formado debido a la acción de las aguas que se habían depositado en los bloques cuando estaban en una posición distinta a la actual. Además, las rocas de arenisca estaban recubiertas por una corteza silícea y devolvían un sonido más o menos sonoro al golpearlas con un martillo. Ellos pensaban que el objeto en cuestión se podría considerar como una especie de “antropomorfosis”, es decir, un objeto al que se atribuía, sin serlo, un carácter humano. Por tanto no pasaba de ser una simple curiosidad, un monumento singular, y cuya identidad sólo podía ser desvelada cuando la sierra permitiera revelar lo que había en su interior. Podía ocultar los restos de un ser humano, ya que no sería la primera vez que se hallaban cuerpos humanos conservados en la arena, reducidos al estado de momias naturales. Lo que les parecía evidente era que lo que cubría el bloque se debía a la descomposición de restos orgánicos, una mezcla de detritus de insectos y de moscas, de líquenes, champiñones, de brezo e hierbas, ya que se encontraban sus escombros y sus huellas sobre la roca de arenisca estudiada [DESCOURTILZ, GILLET DE LAUMONT y THIÉBAUT DE BERNEAUD, 1825, p. 354-359].

Los comisionados consideraron que era una exageración atribuir a la “antropomorfosis” de Long Rocher una antigüedad mayor que la última catástrofe que había asolado a la Tierra. Primero, porque ningún fósil humano se había encontrado entre los innumerables restos del antiguo estado del planeta. Segundo, porque el barón von Schlotheim (1764-1832) y Cuvier habían insistido en que era muy raro hallar petrificaciones en la arenisca. Por último, porque la sustancia orgánica que se encontraba en el bloque de Long Rocher y en casi todo el *gres de Fontainebleau* era muy posterior a la época más antigua [DESCOURTILZ, GILLET DE LAUMONT y THIÉBAUT DE BERNEAUD, 1825, p. 359].

3.6. Barruel rebate a sus críticos

Barruel tardaría casi un par de meses en rebatir las tesis contrarias a la suya, y lo haría en un pequeño libro titulado *Réponse aux principaux écrits qui ont paru sur le fossile humain trouvé dans le mois de septembre 1823, près de Moret*, cuya redacción terminaría el 10 de octubre.

En este libro sostuvo que aunque los aspectos geológicos del entorno del hallazgo no había sido objeto de su trabajo, estimaba necesario revelar algunos errores

que había detectado en los escritos más notables publicados sobre el fósil humano de Fontainebleau. En concreto eran el trabajo de Huot sobre el pretendido fósil, el análisis de Chevalier, Payen y Julia Fontenelle y la relación hecha a la sociedad lineana por Descourtilz, Gillet de Laumont y Thiébaud de Berneaud [BARRUEL, 1824b: 4].

Comenzaba Barruel rebatiendo las tesis de Huot afirmando que, a diferencia de lo que decía éste, no eran conocidos los fenómenos que tenían lugar en la transformación de organismo en fósil. Huot había dicho que los huesos petrificados cambiaban de naturaleza sin haber cambiado de forma y que por lo general estaban constituidos de sílice o de carbonato calcáreo y solo raramente de arenisca. Para Huot, este proceso se llevaba a efecto porque un líquido que tenía en disolución sustancias inorgánicas, como sílice o calcio, penetraba en las partes sólidas del cadáver, llenando los poros y evaporándose a continuación. Tras la evaporación quedaban en las cavidades un depósito calcáreo o silíceo, desapareciendo con el tiempo la sustancia orgánica. Tampoco aceptaba Barruel que en el proceso de petrificación ósea desapareciera enteramente la sustancia orgánica incluyendo la base del hueso, el fosfato de calcio. En cuanto a la fosilización, la petrificación e incrustación apelaba a cuestiones técnicas fundamentadas en lo que él conocía, las relaciones químicas y las afinidades. Comentaba que él poseía una petrificación de las partes blandas de una nuez, que habían sido reemplazadas por carbonato de calcio cristalizado, pero no la cáscara que sólo había dejado el molde. Si este fenómeno era extraordinario, decía Barruel, se podía aceptar que ciertas circunstancias podían converger para provocar la metamorfosis de los frutos. Las sales, por ejemplo, tenían la propiedad de conservar las materias orgánicas [HUOT, 1824b: 5-9].

Huot, de manera muy arriesgada, había respondido que el bloque de arenisca de Long Rocher no presentaba los esqueletos de un hombre y de un caballo. Para Barruel no hacía falta tener una imaginación totalmente romántica para ver lo que él y otras personas habían visto, la forma de un brazo con sus proporciones. Huot, aunque reconocía estas formas, apreciaba ligeras trazas de un instrumento afilado que atribuía a la torpeza de los obreros que habían extraído el bloque donde supuestamente se encontraba el fósil, y no a la idea de esculpir formas humanas con la intención de engañar al público. Barruel sostenía que nada había sido esculpido, el objeto estaba tal como se había encontrado. Si hubiera habido la intención de engañar se hubiera hecho con más cuidado o se habrían hecho desaparecer las incoherencias de proporciones, que, por otro lado, se encontraban frecuentemente en los seres humanos, como ocurría en los hidrocefalos [BARRUEL, 1824b: 11].

Como parecía que un hueso, o un fragmento de hueso humano, era más digno de atención a los científicos, él podía mostrar la parte inferior de un peroné, presentado con motivo de una tesis en la Facultad de Medicina. Era un hueso fósil que le había sido confiado para que le analizara y había encontrado que estaba formado por sílice, en la cual había encontrado un resto de materia nitrogenada, una pequeña cantidad

de carbonato de calcio y sólo una traza casi imperceptible de fosfato calcáreo. Aquí había un hecho incontestable. El análisis del peroné fósil había proporcionado datos parecidos a los que él había obtenido del bloque de Long Rocher y con los cuales había considerado que era un fósil humano [BARRUEL, 1824b: 11-12].

Barruel era consciente de que los paleontólogos no habían encontrado en los sedimentos geológicos anteriores a las últimas revoluciones ocurridas en el globo terráqueo ningún fragmento de hueso humano. Pero concluir de esto que si no se habían encontrado era porque no existían, para él era deducir de un principio verdadero consecuencias falsas. Los geólogos, decía, no habían examinado todos los terrenos geológicos del planeta, únicamente lo habían hecho en lugares determinados. Tampoco los huesos fósiles de animales estaban diseminados de la misma manera. Solo restos singulares eran los que se descubrían de vez en cuando. Como los fósiles se formaban tras descomponerse el cadáver y quedar los huesos cubiertos por un sedimento pétreo, se había argumentado que la naturaleza del terreno de los alrededores de Fontainebleau no podía provocar este proceso de fosilización y que las rocas de arenisca no podían disgregarse para formar un recubrimiento sólido alrededor del cuerpo humano que lo terminara convirtiendo en fósil. Pero Barruel era contrario a esta aseveración. Ponía como ejemplo el hallazgo en los glaciares de Siberia de especies extinguidas, cuya carne servía de alimento a otras tras liberarse del hielo [BARRUEL, 1824b: 13-15].

En opinión de Barruel, el bloque de Long Rocher, no era una petrificación ni una incrustación, sino los restos de un cuerpo humano. Para ello se basaba en la forma del objeto, que Huot pretendía que al público se le había ofrecido una visión distinta a la que tenía en el yacimiento, pero Barruel aseguraba que esto no era cierto, ya que podía comprobarse lo que se había perdido en la extracción, el transporte o la colocación en París, por los dibujos de artistas como Blondel, que lo había pintado *in situ* [BARRUEL, 1824b: 15].

Para explicar la formación del pretendido fósil de Long Rocher, Barruel se basaba en un razonamiento. Supongamos, decía, algo plausible, esto es, que un hombre fuera engullido por una masa de arena, en la cual acabara encerrado y comprimido durante un tiempo más o menos considerable. Todas las partes del cuerpo terminarían comprimiéndose y por efecto de la descomposición espontánea, se ablandarían hasta el punto de formar una papilla o un líquido. La arena de la parte superior del molde se había separado poco a poco y depositado, por efecto de la gravedad, en la parte inferior. Más tarde tomaría forma y se solidificaría, conservando entre sus moléculas una pequeña cantidad de materia orgánica. En este caso no se tendría más que la representación de la mitad de un hombre, que se parecería al fósil de Long Rocher [BARRUEL, 1824b: 21-22].

Barruel indicaba que él hubiera podido realizar nuevos análisis en los que hubiera podido indicar las proporciones relativas de sus principios constituyentes. Pero

consideró superflua esta posibilidad ya que se enteró que otros químicos, Chevallier, Payen y Julia-Fontenelle, al salir de la sesión de la Academia de Ciencias, se habían dirigido al salón donde se exponía el objeto, pidiéndole a Saint-Clair y d'Hermilly poder reproducir su análisis [BARRUEL, 1824b: 22-23].

Ante las noticias sobre análisis de huesos realizados por otros colegas, y sobre la polémica de sus resultados, a Barruel le hubiera gustado repetir junto con sus adversarios y ante expertos en la materia, los experimentos.

Barruel leyó el trabajo de Chevallier, Payen y Julia-Fontenelle, en el *Feuilleton Littéraire* del 10 de agosto. En este periódico los académicos manifestaban que en su análisis no habían podido reconocer la presencia de fosfato de calcio, aunque sí de materia de origen animal, cuyas proporciones variaban en las muestras analizadas. Barruel les criticó que hubieran empleado recipientes inadecuados, los cuales hubieran podido contaminar la experiencia y llevarlos al error. Por otro lado, sus experimentos exigían hábitos exactos para obtener resultados sensibles a la vista. Todo ello, junto con otras críticas de tipo técnico, le llevaba a rechazar sus conclusiones y aseguraba que si, por cortesía profesional, se hubieran dirigido a él antes de efectuar la lectura en el Instituto de Francia, él hubiera podido revelarles los errores y defectos detectados [BARRUEL, 1824b: 25-26].

Leyendo el mismo periódico Barruel se había informado de que la Academia, para verificar los resultados, había designado una comisión formada por dos químicos que él apreciaba, Thénard y Vauquelin, quienes constataron en las muestras que tomaron sobre los diversos puntos de la superficie del pretendido fósil, la presencia de materia orgánica de origen animal, y de fósforo en la parte del brazo también analizada por Barruel [BARRUEL, 1824b: 27].

Por último, quedaba el análisis efectuado por los encargados de llevarlo a cabo por la Sociedad Linneana de París. Dijeron que habían obtenido los mismos elementos que Barruel excepto el fosfato de calcio, el cual si existía en los trozos analizados era en una cantidad mínima e insignificante. Pero esta expresión para Barruel no excluía que no se hallara presente y los comisionados debían reconocer esta posibilidad [BARRUEL, 1824b: 29].

Para Descourtiz, Gillet de Laumont y Thiébaud de Berneaud el bloque de Long Rocher era una simple curiosidad, un monumento singular, “algo” con forma humana. Para Barruel esto estaba más cerca de la verdad que la afirmación de Huot, que había visto en el mismo objeto una pura rareza de formas, indigna de llamar la atención de los eruditos y que solo servía para satisfacer las imaginaciones románticas. Pero para Barruel en el Long Rocher de Fontainebleau no existía ninguna roca de arenisca que pudiera excitar la sorpresa o hacer trabajar la imaginación [BARRUEL, 1824b: 30].

Barruel declaraba que ninguna de las grandes agrupaciones rocosas que se encontraban dispersas en Long Rocher presentaba los agujeros que se encontraban en el brazo del objeto en cuestión. La masa rocosa a la que se adhería el fósil humano era la

más grande de las que se encontraban en aquella parte de Fontainebleau. Su cresta era la más elevada, aunque su base estuviera por debajo de la que estaba a su lado. La masa, cuyo peso debía rondar el millón de libras, sólo se podía haber desplazado por los efectos violentos de un cataclismo que había asolado el país [BARRUEL, 1824b: 37-38].

Para Barruel, en fin, el hombre fósil de Long Rocher debía de tener necesariamente una gran antigüedad. Además, él no admitiría jamás que el ser humano, comparado con el resto de fósiles de animales, fuera de creación moderna, razón ésta por la que no se encontraban sus restos en las últimas capas geológicas del globo. Para él, los humanos siempre habían procurado su preservación, ya que presentía las catástrofes geológicas y calculaba los peligros, lo que no podían hacer los animales. Por eso habían sido la última víctima de los grandes cataclismos de la naturaleza y sobre todo del que había inundado la superficie de la Tierra. Esta idea había sido reflejada por los grandes pintores que habían representado la escena del Diluvio, en donde se veía a los humanos emplear todos los medios para evitar la muerte, siendo los últimos de los seres vivos en perecer. Por tanto, finalizaba Barruel afirmando, por última vez, que él consideraba al hallazgo de Fontainebleau como los restos de un ser orgánico, los restos de un hombre [BARRUEL, 1824b: 39-40].

3.7. Aún una palabra más sobre el supuesto fósil

Barruel daba por terminada su intervención en la controversia, pero Payen, Chevallier y Julia Fontenelle quisieron añadir algunas precisiones más. Así al mes siguiente, el 10 de noviembre de 1824, rebatieron el discurso de Barruel con el folleto *Encore un mot sur le fossile ou examen de la réponse de M. Barruel*.

Comenzaban recordando que sobre ocho muestras analizadas por Thénard y Vauquelin, siete no habían dado ninguna traza de fosfato de calcio, a pesar de que habían empleado reactivos muy sensibles. Por tanto, no había por qué extrañarse que las seis muestras examinadas por ellos no contuvieran restos de fosfato de calcio [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 1-2].

Criticaban a Barruel porque no se había limitado a buscar los posibles errores cometidos por ellos, sino que éste había dicho que habían roto las reglas de la corteza científica al no dirigirse a él, algo que los tres comisionados negaban. En su nota ellos agradecieron a los propietarios del objeto que les hubiera proporcionado los fragmentos para realizar las pruebas, limitándose a los hechos experimentales, sin hacer ningún tipo de observaciones críticas. Por eso respondieron con este escrito para comentar algunos pasajes de los dos de Barruel, a fin de justificar sus gestiones, el resultado de su análisis y la forma que le habían dado al publicarlo. Al publicar Barruel su primera noticia sobre el supuesto fósil, ellos, como geólogos, no vacilaron en creer lo que anunciaba alguien tan experto en química. Su narración, decían, no dejaba lugar a dudas, ya que apelaba a la autoridad geológica de Lassonne para explicar las causas que, a través de pequeñas conmociones geológicas sucesivas, se habían

puesto al descubierto capas profundas, las formaciones más antiguas del globo terráqueo. También comentaban la existencia de antros o cavernas formadas por el corrimiento de arenas entre las rocas de arenisca más consistentes [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 2-3].

Barruel, decían, había enfocado su análisis para detectar la presencia de uno de los componentes de los huesos, el fosfato de calcio, tan antiguo como el globo terrestre e indestructible como él. Sin manifestar las proporciones obtenidas de los elementos en su experiencia, Barruel había concluido que la petrificación hallada en Long Rocher era realmente un fósil humano. Pero geólogos célebres con Cuvier a la cabeza dudaron de que fuera un fósil humano. El folleto de Huot y la intervención de Etienne Geoffroy de Saint-Hilaire en el Instituto de Francia, habían terminado por extender las incertidumbres sobre la posible existencia de un fósil humano perteneciente a una formación geológica más antigua que los terrenos modernos [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 5-6].

Payen y sus colegas lamentaban que los resultados de un análisis pudieran llevar a consideraciones erróneas, por lo que para evitar esto había que establecer más concordancia entre las conclusiones de los ensayos químicos y las de los estudios paleontológicos.

Comentaban que Barruel no había expuesto con cuantas muestras había trabajado, ni de qué lugares habían sido tomadas. Tal vez el azar había determinado la muestra que contenía los principios constituyentes de los huesos. Había sido con el fin de determinar si las experiencias químicas habían provocado algún error por lo que ellos habían dado los pasos necesarios para obtener muestras variadas que no hubieran sido examinadas por Barruel y presentar el resultado de sus ensayos en el Instituto de Francia. Sant-Clair y d'Hermilly, dieron su autorización para que los comisionados comunicaran a la Academia el resultado de sus análisis. Los propietarios les dijeron que les parecía conveniente que Barruel diera su consentimiento a un nuevo análisis y que éste estuviera presente cuando se extrajeran los fragmentos. A los tres comisionados esta sugerencia les pareció normal, pero estimaron que debían ser ellos quienes debían extraer las muestras de la roca.

Tras la primera inspección ocular del objeto les pareció extraño que Barruel hubiera podido referirse a fragmentos óseos, ya que en el objeto era imposible detectar traza alguna de textura ósea. Se les aseguró que al día siguiente Barruel estaría en el salón donde se exponía el objeto, pero éste nunca apareció. Tras escribir a través de los propietarios a Barruel y quedar con él para el siguiente día, tampoco fue. Uno de los tres comisionados, Chevallier, al volver a su casa encontró que había recibido una carta de d'Hermilly en la que éste, disculpándose, le decía que no había encontrado en su laboratorio a Barruel, así que les permitía escoger las muestras que deseaban. Esto lo llevó a cabo Payen, con la ayuda de un cincel, en presencia de los propietarios y de algunas personas que en esos momentos se habían pasado por los Capuchinos para ver el objeto expuesto [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 7-11].

Las muestras que tomaron los comisionados de diversos puntos de la supuesta petrificación fueron etiquetadas y analizadas cada una aisladamente. Determinaron las proporciones de materia orgánica, lo que era necesario si se quería encontrar en todas las muestras restos de fosfato de calcio. Ellos pensaban que si era un fósil debía existir una gran cantidad de fosfato de calcio, ya que un cadáver humano de su dimensión contenía al menos diez kilogramos de hueso equivalente a más de cinco kilos de fosfato de calcio. Respecto a esto, Barruel había comentado que la proporción de fosfato de calcio variaba con la edad de los individuos. Pero el hombre que había sido tragado con su caballo, comentaban, no era precisamente un niño, si se juzgaba por la talla [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 12].

Payen, Chevallier y Julia-Fontenelle rebatieron a continuación las críticas técnicas que Barruel les había hecho en relación de los recipientes y reactivos utilizados así como el protocolo seguido durante su análisis de las muestras que sometieron al Instituto. Aun así rechazaban la idea de tomar revancha y no suponían que había podido equivocarse. Solo incidían en que la única muestra examinada por Barruel contenía fosfato de calcio, mientras de las ocho examinadas por Thénard y Vauquelin empleando un procedimiento nuevo, solo un fragmento había dado trazas de fosfato de calcio y de las seis que ellos tres habían sometido a análisis ninguna había dado trazas de ácido fosfórico. Por otro lado, los análisis efectuados por ellos, además de por Thénard y Vauquelin, habían encontrado en la arenisca en la que se encontraba adherida la pretendida petrificación, restos de materia de origen animal, de óxido de hierro, etc., mientras que en las muestras de rocas analizadas por Barruel éste no había encontrado ni materia orgánica, ni fosfato de calcio [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 15-17].

Terminaban su respuesta los comisionados diciendo que ellos no eran tan resolutivos como Barruel a la hora de defender o combatir el fósil, pero el informe de la Sociedad Linneana, los argumentos de Huot y el resumen de todos los debates presentados por Cuvier en la Academia de Ciencias, habían establecido de una manera definitiva la cuestión. El problema no lo podía resolver la existencia de algunos átomos de fosfato de calcio, observados en algunos puntos, ni una materia orgánica extendida en la superficie del objeto y de las rocas que le rodeaban. Era necesario poder reconocer la estructura del hueso. Si las partes blandas habían conservado parcialmente sus formas, no podía esperarse que las partes que no se alteraban, como eran los huesos y los dientes, se hubieran deformado completamente. Así que solo se podrían obtener datos positivos si se serraba y abría la petrificación de Moret [PAYEN, CHEVALLIER y JULIA-FONTENELLE, 1824, p. 18-19].

4. CUVIER Y EL HOMBRE FÓSIL

En las sucesivas ediciones de su obra sobre los huesos fósiles de cuadrúpedos, Cuvier añadiría más pruebas en contra de la existencia del hombre fósil, dedicándole apenas unas líneas al supuesto hombre petrificado de Fontainebleau. En la segunda

edición de 1821, rechazó los hallazgos de Marsella, Guadalupe y Koestritz [PELAYO, 2004]. En las “Adiciones y correcciones”, publicadas en el quinto tomo, segunda parte de la edición de 1824 de sus *Recherches sur les Ossements Fossiles*, en el apartado dedicado a los huesos fósiles humanos, citaría la memoria de Louis-Augustin d’Hombre-Firmas (1776-1857) sobre los esqueletos humanos incrustados en las estalagmitas hallados en una caverna de Durfort, comentando que anteriormente, en 1779, el abate Jacques-François Dicquemare (1733-1789), había descrito una situación parecida en los alrededores de Le Havre. Eran, decía Cuvier, cadáveres depositados en determinadas circunstancias, como una batalla. Más adelante se refería a otros falsos fósiles humanos, como la supuesta mandíbula humana hallada en las brechas óseas de Niza, a los esqueletos encontrados en la costa de la isla de la Guadalupe y a una cabeza humana con un espesor deforme encontrada en Alemania. En este punto, al referirse al hallazgo de Fontainebleau, decía que era preciso hablar del pretendido fósil humano expuesto a la curiosidad de los habitantes de París, muy comentado en los periódicos. Pero le daba vergüenza tener que emplear palabras para establecer que era una configuración accidental de la arenisca, en la que se creía ver, no los huesos, sino el cuerpo de un hombre y un caballo con su carne y piel, y con formas tan groseras que no existían ni las proporciones requeridas, ni ningún detalle de formas, solo era, por tanto, un juego de la naturaleza, no un fósil [CUVIER, 1824, p. 492].

Al año siguiente, en el *Discours sur les révolutions de la surface du Globe* (1825), al referirse a que no se habían hallado huesos fósiles humanos, en una nota añadía que, en su opinión, no era necesario que se refiriera a esos fragmentos de arenisca que habían tenido mucha repercusión el año anterior, 1824, en los que se pretendía ver un hombre y un caballo petrificados. Solo esta circunstancia, la posibilidad de que fuera un hombre y un caballo con carne y piel, podía hacer comprender a todo el mundo que sólo podía tratarse de un juego de la naturaleza y no de una verdadera petrificación [CUVIER, 1825, p. 136].

4.1. Cuvier y Víctor Hugo

La firme convicción de Cuvier sobre la inexistencia del hombre fósil fue reflejada por Víctor Hugo (1802-1885), quien describiría un diálogo con Cuvier en 1827, en el *Jardin des Plantes*, a propósito del hallazgo de Fontainebleau:

- Monsieur Cuvier, que pensez-vous de l’homme fossile ?
- Qu’il n’existe pas.
- Êtes-vous allé le voir ?
- Non.
- Irez-vous ?
- Non.
- Pourquoi ?
- Parce qu’il n’existe pas.
- Mais si, par hasard, il existait ?
- Il ne peut exister.

Victor Hugo comentaba que Cuvier tenía razón en esta cuestión, ya que lo que se llamaba *homme fossile* en 1827 no era sino el efecto extraño de una roca de arenisca modelada con una forma que recordaba la de un ser humano. Pero el paleontólogo francés, afirmaba Hugo, se equivocaría, ya que los fósiles humanos sí existían. La prueba, continuaba, era el hallazgo en 1863 en la cantera de Moulin-Quignon, de una mandíbula humana fósil, con un diente implantado de una forma que caracterizaba al prognatismo de las razas inferiores, lo que había provocado que el Génesis se lamentara en tener que confirmar la hipótesis de la existencia no de uno, sino de varios Adán. Mientras que este fósil humano, depositado en las oficinas de la Academia de Ciencias de París, había salido de las sombras tras ser defendido por autoridades competentes, el Diluvio había terminado siendo una fantasía para el consejero de Estado Cuvier. Se lamentaba Victor Hugo de los que rechazaban lo desconocido y advertía que al final sus empresas les pasaban facturas [HUGO, 1901, p. 245-246].

Pero Victor Hugo también erraba. El ejemplo que ponía, la mandíbula de Moulin-Quignon, terminó siendo un fraude. No era un fósil, sino un resto óseo humano moderno [COHEN, 1999; HUREL y COYE, 2016].

5. LA HISTORIA DEL HOMBRE PETRIFICADO

A pesar de que la mayor parte del mundo académico, con Cuvier y E. Geoffroy de Saint-Hilaire a la cabeza, se oponían a que el objeto hallado en Fontainebleau fuese un fósil humano, no faltaron textos de apoyo a las tesis de Barruel. Uno de ellos se debió a la pluma de Citerne *jeune*. Se trató de un artículo, “Fossile Humain”, publicado en *Le Lycée Armoricaïn* de Nantes [CITERNE JEUNE, 1825]. Se hacía eco de la respuesta que había dado Barruel a sus críticos, secundándole en sus argumentaciones.

Más interesante desde el punto de vista literario fue su novela, escrita en dos tomos junto a H.T. Poisson, seudónimo de Charles de Warville, titulada *L'Homme pétrifié, histoire du fossile humain trouvé dans la forêt de Fontainebleau, racontée par lui-même, après plus de trois mille ans* (Paris, 1824). El prefacio de la novela es un diálogo entre el editor, el cual asumía las tesis de Barruel, y el geólogo, quizás representando a Huot, que se mostraba contrario a las mismas. Ante las dudas del geólogo sobre la existencia del “hombre fósil”, el editor se refería entre otras pruebas a un peroné fósil hallado en las canteras alrededor de Lisieux, que había sido presentado por un joven médico para apoyar su tesis en la Facultad de Medicina. Esta prueba había sido mencionada por Barruel. El geólogo rebatía las tesis del editor y afirmaba, tal como habían hecho los comisionados por la sociedad linneana que era una simple curiosidad o un monumento singular. A lo largo de veintiocho páginas del prefacio, el diálogo se sigue desarrollando en esta dirección, cada uno aportando los argumentos de los científicos participantes en la controversia. La novela empieza con la noticia del hallazgo en el bosque de Fontainebleau y como los dos autores se dirigen allí para verlo. Al llegar al bosque se les había acercado un

genio, que ellos toman por un sátiro o un demonio, quien les contó la historia del hombre que se encontraba petrificado debido a una catástrofe. Se trata de un príncipe, Alcimédon, procedente de Grecia que en un pasado lejano había llegado a Marsella donde había participado en la lucha entre pueblos galos. Los druidas en la novela son personajes malvados y tiranos. Tras muchas vicisitudes, guerras, huidas de prisioneros, etc., el final de la novela es la muerte del héroe y sus allegados. Los druidas excavan una cavidad subterránea encima de la roca donde estaban los protagonistas. Provocan con sus prácticas mágicas que un rayo caiga sobre la roca, la cual se parte y los personajes principales se hunden en la cavidad sepultados bajo las rocas. Alcimédon era, pues el caballero petrificado, debido a la catástrofe que había tenido lugar en tiempos en que los druidas dominaban en el territorio ocupado por los galos [POISSON y CITERNE, 1824].

6. EL FINAL DEL *AFFAIRE*

Lioret atribuye a Auguste Luchet (1806-1872), hombre de letras nacido en Fontainebleau y gobernador del Castillo en 1848, que la pieza terminaría en Rouen y que era un descarte de un bajorrelieve ecuestre encargado por Francisco I a Sebastiano Serlio (1475-1554) para adornar el castillo de Fontainebleau, en el siglo XVI [LIORET, 1910, p. 188-189].

Los ecos del debate sobre el bloque de arenisca con la apariencia de un jinete y su caballo petrificados que se propagaron en medios europeos al difundir éstos noticias de la Academia de Ciencias de París, fueron apagándose. Incluso unos años después, en 1828, Huot insistiría en sus tesis en un artículo dedicado a los huesos fósiles en el tomo dedicado a la Geografía Física de la *Encyclopédie Methodique* dirigida por Nicolas Desmarest (1725-1815). Dedicó un apartado dentro de la entrada “Ossements fossiles”, a los “Hommes fossiles”. Hace un pequeño recorrido histórico sobre esta última cuestión, parándose especialmente en la atribución de los grandes huesos fósiles de mamíferos que se encontraban a antiguos gigantes, seres humanos de gran altura. Pero también citaba al *Homo diluvii testis*, a los supuestos huesos humanos de la isla de Cerigó. Citaba también a William Bowles, quien había creído reconocer extremidades humanas en los huesos encontrados en Concud (Teruel) [GOZALO, 1999; PELAYO, 2004, p. 140], así como los supuestos hombres petrificados de las canteras de Brugelettes, comentados por el naturalista belga Pierre Auguste Drapiez (1778-1856). En todos estos casos se trataba de restos de vertebrados. Mencionaba entonces al hallazgo de Fontainebleau, comenzando con su intervención en *Le Corsaire* y cómo la Academia de Ciencias, a petición del Ministro del Interior, había nombrado una comisión para examinar la cuestión. Su relator, Etienne Geoffroy de Saint-Hilaire, había dicho que asumía enteramente las conclusiones de Huot. Éste sostenía que el objeto causa del debate era un bloque con un comienzo de desagregación poco consistente, que por la acción de la humedad presentaba en una de sus caras la apariencia tosca de una figura humana. Lo mismo ocurría con el trozo que

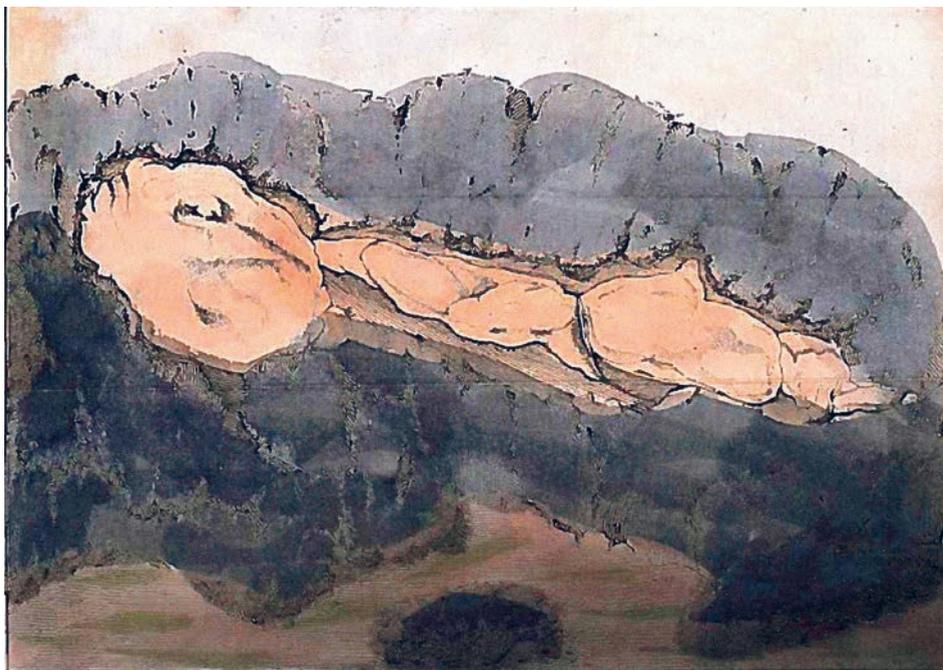


Figura 2. J.L. Demerson (1829) *La Géologie enseignée en vingt-deux leçons ou histoire naturelle du Globe terrestre*. Paris, Audin.

representaba la cabeza de un caballo, que era irregular y no presentaba ni las cavidades nasales ni las protuberancias óseas. El pretendido cuerpo humano desde el punto de vista anatómico no presentaba ninguna de las proporciones humanas. La cabeza, extrañamente redondeada y aplastada, era muy gruesa, y no ofrecía ningún contorno ni saliente de una cara. El cuerpo no presentaba ni el saliente redondeado de la espalda ni las proporciones de los brazos ni antebrazos y menos las de los muslos y piernas. Asimismo, era un hecho en geología que las partes blandas de los organismos ni se conservaban ni se petrificaban. Por último, para Huot los datos de materia orgánica obtenidos por Barruel en sus experiencias eran insignificantes, si se comparaban con las cantidades proporcionadas por estudios de análisis de huesos fósiles [HUOT, 1828, p. 96-101]

Una imagen del pretendido fósil sería publicada en 1829 por J. L. Demerson, en la plancha 16 de su obra *La Géologie enseignée en vingt-deux leçons ou histoire naturelle du Globe terrestre*. En el texto Demerson habla del famoso “anthropomorphite” expuesto a la curiosidad pública en 1824 bajo el nombre de “hombre fósil”. Era una configuración pétreo muy llamativa, con las formas de lo que parecía un jinete y de su caballo. Demerson reconocía que había que ser un buen anatomista para

encontrar los defectos de las proporciones, así que entendía la impresión positiva que había producido en los espectadores dicha piedra figurada y que la considerara de naturaleza fósil [DEMERSON, 1829, p. 459-460].

Aún en 1839 Isidore Geoffroy de Saint-Hilaire se refirió a la pieza de Fontainebleau como un bloque informe de arenisca decorada con el nombre “hombre fósil” [MORTILLET, 1883, p. 69].

El *affaire* del hombre petrificado sería el último debate sobre la existencia de las petrificaciones humanas. Unos años después, tras demostrarse la coexistencia de humanos y fauna extinguida en cavernas junto con la presencia de industria lítica, se alcanzaría un consenso sobre la gran antigüedad de la humanidad, que conduciría a la construcción de nuevas disciplinas, como la prehistoria y la paleontología humana, encargada ésta última del estudio de los fósiles humanos.

AGRADECIMIENTOS

Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación HAR2016-75331-P (AEI/FEDER, UE)

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1824) *Lettre sur le prétendu fossile humain des environs de Moret*. Paris, Imprimerie d'Éverat.
- BARRUEL (1824a) *Notice sur le fossile humain trouvé près de Moret, Département de Seine-et-Marne*. Paris, Imprimerie et Fonderie de J. Pinard.
- BARRUEL (1824b) *Réponse aux principaux écrits qui ont paru sur le fossile humain trouvé dans le mois de septembre 1823, au Long Rocher de Montigny, près Moret*. Paris, Imprimerie et Fonderie de J. Pinard.
- CITERNE JEUNE (1825) “Fossile Humain”. *Le Lycée Armoricaïn*, V, 100-107.
- COHEN, C. (1999) “Authentique ?. Faux et authenticité en Préhistoire”. *Terrain*, 33, 31-40.
- CUVIER, G. (1812) *Recherches sur les ossemens fossiles des quadrupèdes*. Tomo I. Paris, Chez Deterville.
- CUVIER, G. (1821) *Recherches sur les ossemens fossiles des quadrupèdes*. Tomo I. Paris, G. Dufour et E. D'Ocagne.
- CUVIER, G. (1824) *Recherches sur les ossemens fossiles des quadrupèdes*. Tomo V, II parte. Paris, Chez G. Dufour et Ed. D'Ocagne.
- CUVIER, G. (1825) *Discours sur les révolutions de la surface du Globe*. Paris, Chez G. Dufour et Ed. D'Ocagne.
- CUVIER, G. (1834) *Histoire des progrès des Sciences Naturelles depuis 1789 jusqu'à ce jour*. Tomo I, Paris, Librairie Encyclopédique de Roret.
- CUVIER, G. (1904) “Un curieux fossile humain dans la forêt de Fontainebleau”. *L'Intermédiaire des Chercheurs et Curieux*, 50, 190.
- DEMERSON, J. L. (1829) *La Géologie enseignée en vingt-deux leçons ou histoire naturelle du Globe terrestre*. Paris, Audin.

- DESCOURTILZ, J.-T.; GILLET DE LAUMONT, F.P.N. y THIÉBAUT DE BERNEAUD, A. (1825) "Rapport sur le fossile trouvé au Long-Rocher, dans la forêt de Fontainebleau". *Mémoires de la Société Linnéenne de Paris*, t. troisième, 1825, 347- 360.
- DESMAREST, A.G. (1824) "Sur le prétendu fossile de Fontainebleau". *Bulletin des Sciences Naturelles et de Géologie*, 2, 366-370.
- FROMENT, H. (1982) "L'Homme Fossile ou le reoman comique du Long Rocher". *La Voix de la Forêt. Association des amis de la forêt de Fontainebleau*, 2^{ème} semestre, 5-8.
- GOZALO GUTIÉRREZ, R. (1999) "Historia del conocimiento paleontológico del yacimiento de Concud (Teruel) durante el siglo XVIII". En: J. A. Gámez Vintaned y E. Liñán (eds.) *VI Jornadas Aragonesas de Paleontología*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 45-57.
- HUGO, V. (1901) *Œuvres posthumes de Victor Hugo. Post-scriptum de ma vie*. Paris, Calmann Levy Éditeur.
- HUMBOLDT, A. (1824) "À monsieur le rédacteur du Courrier français". *Le Courrier Français*, 168, 16 Juin, p. 3.
- HUOT, J.-J.N. (1824a) *Notice géologique sur le prétendu fossile humain trouvé près de Moret, au lieu dit le Long Rocher (Seine-et-Marne)*. Paris, Imprimerie de Hocquet.
- HUOT, J.-J.N. (1824b) "Sur le prétendu fossile de Fontainebleau". *Bulletin des Sciences Naturelles et de Géologie*, 2, 366-370
- HUOT, J.-J.N. (1824c) "Notice Géologique sur le prétendu Fossile Humain trouvé près de Moret, département de Seine-et-Marne". *Annales des Sciences Naturelles*, 3, 138-148.
- HUOT, J.-J.N. (1828) "Ossemens Fossiles". En : *Encyclopédie Méthodique. Géographie-Physique*, Tomo V, Paris, Chez H. Agasse, 50-107.
- HUREL, A.; COYE, N. (2016) "Moulin Quignon 1863-1864 : détours inédits et bilan historiographique". *L'Anthropologie*, 120, 314-343.
- LIORÉ, M. G. (1910) "L'Homme Fossile de la Forêt de Fontainebleau". *Bulletin de la Société d'Archéologie, Sciences, Lettres et Arts du Département de Seine-et-Marne*, 13, 179-190.
- LYELL, C. (1881) *Life, Letters and Journals of Sir Charles Lyell, Bart.* Vol. I. London, John Murray.
- MORTILLET, G. (1883) *Le Préhistorique antiquité de l'Homme*. Paris, C. Reinwald.
- ODRY, C.J. (1824) *Trois Messéniennes*. Paris, Au Foyer des Variétés.
- PAYEN, A., CHEVALLIER, J.-B.A. y JULIA- FONTENELLE, J.-S.E. (1824) *Encore un mot sur le fossile ou examen de la réponse de M. Barruel*. Paris, Delaunay.
- PELAYO, F. (2004) "En busca del hombre antediluviano: los inicios del debate sobre la antigüedad del hombre y la existencia de restos fósiles humanos". En: A. Baratas (Ed.), *El libro de la naturaleza. Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 3 (2º época), 117-169.
- PELAYO, F. (2015) *La mirada de Medusa*. Madrid, CSIC-La Catarata.
- POISSON, H.T., CITERNE JEUNE (1824) *L'Homme pétrifié, histoire du fossile humain trouvé dans la forêt de Fontainebleau, racontée par lui-même, après plus de trois mille ans*. Paris, Bouquin de Lasouche, Librairie-Éditeur. 2 tomos.
- ROUSSEAU, L.-E. (1832) "Maladie et autopsie de M. G. Cuvier par Emm. Rousseau...". *Supplément de la Lancette Française du 26 Mai 1832*, 6, 165-166.
- TERRA, H. De (1955) *Humboldt. The Life and Times of Alexander von Humboldt 1769-1859*. New York, Alfred A, Knopf.
- THÉAULON, E. y SIMONIN, A. (1824) *Le naturaliste ou l'Homme Fossile, folie-vaudeville en un acte*. Paris, Chez Bezou.

- THIRY, M. y COJAN, I. (1998) "Géologie des sables et grès de Fontainebleau. Éléments pour l'interprétation des observations qui peuvent être faites en carrière et à l'affleurement". *Bulletin de l'Association des Naturalistes de la Vallée Loing et du Massif de Fontainebleau*, 74(1), 43-47.
- THIRY, M. (2005) "Weathering morphologies of the Fontainebleau Sandstone and related silica mobility". *Ferrantia. Travaux scientifiques du Muséum Nationale d'Histoire Naturelle*, 44, 47-52.
- THIRY, M., SCHMITT J.-M., INNOCENT C., COJAN I. (2013) "Sables et Grès de Fontainebleau: que reste-t-il des faciès sédimentaires initiaux ?". *14ème Congrès Français de Sédimentologie, Paris 2013, Trois excursions géologiques en région parisienne, Livre d'excursions*, Publ. ASF, n.74, 37-90.
- WULF, A. (2016) *La invención de la Naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*. Madrid, Taurus
- Z (1824). "Notice sur le Fossile humain trouvé près de Moret, et Mémoire sur l'aérostation et la direction aérotastique". *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 10 août 1824.